

bien ordenadas: la batalla duró poco; pues los enemigos, reconociéndose inferiores en fuerzas, abandonaron prontamente el campo. Los españoles los siguieron por más de hora y media, hasta derrotarlos completamente. La pérdida de los españoles en la batalla fué casi ninguna; pero en la subida del monte tuvieron ocho muertos y muchos heridos.¹

La sed que molestaba al ejército, y el aviso que tuvo Cortés de otro monte distante de allí tres millas, ocupado también por enemigos, lo obligaron á marchar hácia aquella parte. Observó en uno de los costados del monte dos rocas prominentes defendidas por muchos guerreros; mas éstos, creyendo que los españoles intentaban la subida por el lado opuesto, abandonaron la posición, y corrieron á donde les parecía mayor el peligro. Cortés, diestro en aprovecharse de todas las coyunturas que le presentaba la suerte, ó la inadvertencia de los enemigos, mandó á uno de sus capitanes que procurase ocupar, con un número competente de tropas, aquellos dos peñascos, mientras él entretenía á los Mexicanos por la parte opuesta. Empezó, pues, á subir con suma dificultad, y cuando llegó á un punto tan alto como el que ocupaban los enemigos, vió enarbolada la bandera española en una de las prominencias. Los enemigos se rindieron viéndose rodeados por todas partes y habiendo ya empezado á conocer el daño que les hacían las armas de fuego. Cortés los acogió con mucha benignidad; pero exigió de ellos, como condición necesaria del perdón, que indujesen también á rendirse á los que ocupaban el primer monte; lo que se verificó en efecto.

CONQUISTA DE CUAUHNAHUAC.

Libre de aquellos estorbos, se encaminó Cortés por Huaxtepec, Yauhtepec y Xiuhtepec, á la grande y amena ciudad de Cuauhnahuac,² capital de la nación Tlahuica, distante más de treinta millas de México, hácia Mediodía. Era muy fuerte por su situación; pues de un lado estaba rodeada por montes escabrosos y de otro por un barranco de cerca de siete toesas de profundidad, por el cual corría un arroyo. No podía entrar la caballería si no era por dos caminos que los españoles ignoraban entonces, ó por los puentes, si no hubieran estado levantados cuando llegaron. Mientras buscaban un lugar oportuno para el asalto, los Cuauhnahuaqueses les tiraban una increíble cantidad de dardos, flechas y piedras; pero habiendo observado un animoso Tlaxcalteca que dos árboles grandes, colocados en las dos orillas opuestas del barranco, habían cruzado mutuamente sus ramas, se sirvió de ellas como de un puente y pasó á la margen opuesta; ejemplo que fué muy en breve imitado, aunque con gran esfuerzo y peligro, por seis soldados españoles y después por otros muchos, tanto españoles como Tlaxcaltecas.³ Este rasgo de intrepidez amedrentó de tal modo á

¹ Cortés en sus Cartas no habla mas que de dos españoles muertos en aquel monte; pero Bernal Diaz cuenta ocho, y da sus nombres.

² Este nombre es uno de los que más han alterado los españoles. Cortés dice *Coadnabaced*; Bernal Diaz *Coadalbacá*; Solís, *Coatlábaca*. Ha prevalecido el de *Cuernavaca*, que es el que se conserva, aunque los indios usan el antiguo de *Cuauhnahuac*. Este pueblo es uno de los treinta que Carlos V dió á Cortés y después fué parte de los Estados del duque de Monteleón, como marqués del Valle de Oaxaca.

³ Solís, sin hacer mención de aquel Tlaxcalteca, atribuye toda la gloria de la acción á Bernal Diaz, en lo que contradice á Cortés y á todos los historiadores. El mismo Bernal Diaz, que en la narración de este suceso se hace á sí mismo cuanto honor puede, se jacta de haber sido uno de los que, despreciando el peligro, pasaron sobre los árboles del barranco; pero no se alza con la gloria de haber sido el primero, ni de haber sugerido la idea. Véase lo que dicen Cortés, Gomara, Herrera, etc.

los que por allí defendían la entrada de la ciudad, que se retiraron y fueron á unirse con los que, por la parte opuesta, resistían á las tropas mandadas por Cortés; mas cuando estaban más acalorados en la acción, se vieron atacados de pronto por las que, siguiendo los pasos del valiente Tlaxcalteca, habían entrado por la parte indefensa de la ciudad. Entónces se espantaron y huyeron á los montes, de modo que los aliados quemaron sin oposición una buena parte de la ciudad. El señor de ella, que había huido con todos, temiendo que lo alcanzasen los españoles, tomó el partido de rendirse, asegurando que no lo había hecho ántes porque esperaba que la cólera de los españoles se desfogase en la ciudad, y satisfechos con aquellas primeras hostilidades, se abstuviesen de vengarse en su persona.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO.

Después de haber descansado el ejército, partió, cargado de despojos, hácia el Norte, por un pinar, donde sufrió una gran sed, y al día siguiente se halló cerca de la ciudad de Xochimilco. Esta hermosa población, la mayor, después de la corte, de todas las del valle mexicano, estaba á orillas del lago de Chalco y distaba poco más de doce millas de México. Su vecindario era muy numeroso, muchos sus templos, magníficos sus edificios y singularmente bellos sus jardines flotantes en el lago, de donde tomó el nombre de Xochimilco, que significa jardín, ó campo de flores. Tenía, como la capital, muchos canales ó fosos, y á la sazón, por miedo de los españoles, se habían construido algunas trincheras. Cuando vieron venir al ejército, alzaron los puentes de los canales para que fuese más difícil la entrada. Los españoles dividieron el ejército en tres cuerpos, para atacar la ciudad por otros tantos puntos; pero en todos ellos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso sino después de un terrible combate de más de media hora, en que fueron muertos dos españoles y muchos heridos; pero superados, en fin, estos obstáculos, entraron en la ciudad persiguiendo á los que la defendían. Estos se refugiaron á los barcos, y desde ellos perseveraron combatiendo hasta morir. Oíanse al mismo tiempo entre ellos algunas voces que pedían la paz; pero conociendo los españoles que su objeto era tan solo ganar tiempo para poner en seguro sus familias y sus bienes y para recibir el socorro de los Mexicanos que aguardaban, apretaron más el ataque, hasta que cesó la resistencia y pudieron entrar tranquilos en el pueblo, para descansar y curar sus heridos. Mas apenas empezaban á respirar, cuando se vieron rodeados por un gran número de enemigos, que venían formados en orden de batalla, por el mismo camino que habían seguido los españoles en su entrada. Estos se vieron reducidos entónces al mayor extremo, y el mismo Cortés corrió gran peligro de caer en manos de los contrarios, pues habiéndose echado al suelo su caballo, ó de cansancio, como él dice, ó abatido por los Xochimilcos, según otros historiadores, continuó peleando á pié con la lanza; mas el número de enemigos era tan considerable, que no hubiera podido evitar su pérdida, á no haber llegado oportunamente á su socorro un valiente Tlaxcalteca y con él dos criados del mismo Cortés y algunos soldados españoles.¹ Vencidos finalmente los Xochimilcos, tuvieron los españoles tiempo de

¹ Herrera y Torquemada dicen que el día siguiente al del riesgo que había corrido Cortés, habiendo buscado al Tlaxcalteca que lo socorrió, no pudo ser habido ni vivo ni muerto, y por la devoción que aquel general tenía á San Pedro, se presumió que este santo apóstol era el que lo había salvado. No sé de dónde sacaron aquellos autores tan extraña anécdota. Bernal Diaz, Gomara y el mismo Cortés hablan de un Tlaxcalteca, sin hacer mención de su desaparición, ni de San Pedro.

descansar algun tanto de las fatigas de la jornada, en la que murieron algunos de los suyos y casi todos fueron heridos, incluso el mismo general y los principales capitanes Alvarado y Olid. Cuatro españoles que cayeron prisioneros, fueron conducidos á la capital y sin tardanza sacrificados, y sus brazos y piernas enviadas á varios pueblos, para excitar el valor de los habitantes. No hay duda que en esta y otras ocasiones pudo Cortés fácilmente morir á manos de sus enemigos, si no hubieran tenido éstos la insensata presuncion de cogerlo vivo para sacrificarlo á sus dioses.

La nueva de la toma de Xochimilco puso en gran consternacion á la corte de México. El rey Cuauhtemotzin convocó algunos jefes militares y les representó el daño y el peligro que ocasionaba á la capital la pérdida de una plaza tan importante; el servicio que harian á los dioses y á la nacion si podian recobrarla, y el valor y la fuerza que necesitaban para vencer á aquellos atrevidos y perniciosos extranjeros. Dió inmediatamente la orden de armar un ejército de doce mil hombres para pelear por tierra y otro numeroso para sostener las hostilidades en el lago; lo que se ejecutó con tanta prontitud, que apenas habian descansado los españoles del día anterior, cuando los centinelas avisaron á Cortés la marcha de los enemigos hácia aquella ciudad. Dividió el general todas sus tropas en tres huestes, y dió á sus capitanes las órdenes más oportunas; dejó alguna tropa de guarnicion en los cuarteles y mandó que veinte caballos con quinientos Tlaxcaltecas pasasen al través de los enemigos á ocupar una colina inmediata, y allí aguardasen sus órdenes ulteriores para el ataque. Los comandantes mexicanos venian llenos de orgullo y ostentando las espadas europeas que habian cogido á los españoles en la derrota del 1.º de Julio. La batalla se dió fuera de la ciudad, y cuando Cortés lo juzgó conveniente, dió orden á las tropas de la colina que atacasen á los Mexicanos por la espalda. Estos, viéndose cercados por todas partes, se desordenaron y abandonaron el campo, dejando en él quinientos muertos. Los españoles, de vuelta al cuartel, supieron que la tropa que habia quedado en él habia estado en gran peligro, por la muchedumbre de Xochimilcos que la habian atacado. Cortés, despues de haberse detenido allí tres días, combatiendo frecuentemente con los enemigos, mandó pegar fuego á los templos y á las casas y reunió toda su gente en la plaza del mercado, que estaba fuera de la ciudad, para ordenarla y ponerse en marcha. Los Xochimilcos, creyendo que su salida fuese efecto del miedo, atacaron con grandes clamores la retaguardia; pero se retiraron vencidos y no osaron presentarse de nuevo.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES EN TORNO DE LOS LAGOS.

Adelantóse Cortés con su ejército hasta Coyohuacan, ciudad grande, situada en la orilla del lago, distante seis millas de México hácia Mediodía, con intencion de observar todos aquellos puestos, para disponer más acertadamente el asedio de la capital. Halló la ciudad despoblada, y al día siguiente salió de ella para reconocer el camino que desde allí iba á unirse con el de Iztapalapan. Encontró una trinchera defendida por Mexicanos: mandó atacarla, y á pesar de la terrible resistencia de los enemigos, la infantería se apoderó de ella, quedando heridos diez españoles y muertos muchos Mexicanos. Cortés subió á la trinchera y desde ella vió el camino de Iztapalapan cubierto de una muchedumbre innumerable de enemigos, y el lago, de muchos millares de barcas; por lo que,

despues de haber observado lo que convenia á sus designios, volvió á la ciudad, cuyos templos y casas mandó entregar á las llamas.

De Coyohuacan marchó el ejército á Tlacopan, moleestado en el camino por algunas tropas volantes mexicanas que atacaron el bagaje. En uno de estos encuentros, en que el mismo general corrió gran peligro, le hicieron prisioneros dos de sus servidores, que fueron conducidos á México é inmediatamente sacrificados. Llegó á Tlacopan afligido por aquella desgracia, y se le aumentó el disgusto cuando desde el atrio del templo mayor de aquella ciudad, contempló, con otros españoles, el fatal camino en que habia perdido algunos meses ántes tantos amigos y soldados, considerando al mismo tiempo las grandes dificultades que tenia que vencer ántes de hacerse dueño de la capital. Algunos le sugerian que enviase tropas por aquel camino para acometer algunas hostilidades; pero no queriendo exponerlas á tanto peligro ni detenerse más tiempo en aquella ciudad, volvió por Tenayocan, Cuauhtitlan, Citlaltepec y Acolman, á Texcoco, despues de haber recorrido en aquel viaje las orillas de los lagos y observado cuantos pormenores necesitaba para el éxito de su gran empresa.

CONJURACION CONTRA CORTÉS.

En Texcoco siguió Cortés activando todos los preparativos de su marcha. Estaban ya acabados los bergantines y un canal de milla y media, bastante profundo y con cortaduras por una y otra parte, para recibir el agua del lago. Tambien estaba hecha la máquina para botarlos.¹ Las tropas que Cortés tenia á sus órdenes eran innumerables, y aun el número de españoles se habia aumentado considerablemente con los que poco ántes habian venido de España en un navío que habia aportado á la Veracruz, cargado de caballos, armas y municiones de guerra. Todo prometia los resultados más felices, cuando ocurrió un suceso que puso toda la empresa en gran peligro de frustrarse. Unos soldados españoles, partidarios del gobernador de Cuba, excitados por el odio que tenian á Cortés, ó por la envidia de su gloria, ó lo que es más verosímil, por el miedo de los peligros que los amenazaban en el asedio de la capital, convinieron secretamente en quitar la vida al general, á sus capitanes Alvarado, Sandoval y Tapia, y á todos aquellos que parecian más adictos al partido del jefe. No solo estaba ya señalado el tiempo y el modo de dar el golpe con seguridad, sino elegidas tambien las personas á quienes debian darse los cargos de general, juez y capitanes; pero uno de los cómplices, arrepentido de su culpa, reveló oportunamente á Cortés todo el plan de la conjuracion. Mandó prender sin pérdida de tiempo á Antonio de Villafaña, cabeza de toda aquella maquinacion; cometió á un juez el exámen del reo; y habiendo confesado éste su delito, fué ahorcado á una de las ventanas del cuartel. Cortés no quiso mostrarse tan severo con los cómplices, fingiendo no creerlos culpables y atribuyendo á la malignidad de Villafaña la infamia que de su confesion resultaba contra ellos; pero á fin de que en el porvenir no estuviese tan expuesta su persona, creó para su custodia una guardia de soldados fieles, valerosos y seguros, que lo acompañaban de día y de noche.

¹ Gomara dice que en el canal trabajaron 400,000 texcocanos, pues en los cincuenta días que duró la obra, cada día entraban 8,000 operarios nuevos. Añade que el canal tenia media legua de largo, 12 piés de ancho, y donde ménos, cuatro brazas de profundidad; mas yo creo que hay error en la medida del ancho y que era de más de 12 piés.

ULTIMOS PREPARATIVOS DEL ASEDIO DE MÉXICO.

Evitados con el castigo del reo principal los efectos de aquella perniciosa trama, se aplicó Cortés con mayor actividad á dar la última mano á su grande empresa. El 28 de Abril, despues de celebrada la misa de Espíritu Santo, en que comulgaron todos los españoles, y despues de haber dado un sacerdote la bendicion á los bergantines, con las ceremonias acostumbradas, fueron botados al agua, y desplegando inmediatamente las velas, empezaron á surcar por el lago, al estruendo de la artillería y de los mosquetes, á que siguió el *Te Deum*, acompañado por la música de los instrumentos militares. Todas estas eran demostraciones de la confianza que tenia Cortés en los bergantines, para la felicidad de su empresa; y en efecto, quizá sin ellos no hubiera podido llevarla á buen fin. Hizo despues la reseña de su ejército, y contó ochenta y seis caballos, y más de ochocientos peones españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora de fusil, y una gran cantidad de balas y de saetas, aumentos que se debían á los socorros venidos aquel año de España y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les había dirigido en su salida de Tlaxcala. Envió mensajeros á esta república, á Cholula, á Huexotzinco y á otras ciudades, dándoles parte de estar ya terminada la obra de los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez dias cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasion de poner asedio á la soberbia ciudad que por tanto tiempo los había esclavizado. Cinco dias ántes de la fiesta de Pentecostés, llegó á Texcoco el ejército tlaxcalteca, que constaba, segun afirma el mismo Cortés, de más de cincuenta mil hombres, bajo el mando de muchos jefes famosos, entre los cuales venian Xicotencatl el jóven y el valiente Chichimecatl, á cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huexotzinco y Cholula pasaron por el otro lado de los montes, segun la orden que se les había dado. En los dos dias siguientes acudieron nuevos refuerzos de Tlaxcala y de otros pueblos circunvecinos, los cuales, con las huestes ya mencionadas, formaban un total de más de doscientos mil hombres, como testifica su jefe Alfonso de Ojeda.

DISTRIBUCION DEL EJÉRCITO EN EL ASEDIO DE LA CAPITAL.

El lunes de Pentecostés, 20 de Mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, y para reiterar las órdenes que había dado en Tlaxcala. Mandó á Pedro de Alvarado que acampase en Tlacopan, para impedir que entrasen por allí socorros á los Mexicanos, y le dió treinta caballos, ciento sesenta peones españoles, distribuidos en tres compañías, con otros tantos capitanes, y veinticinco mil Tlaxcaltecas, con dos cañones. Cristóbal de Olid fué creado maestre de campo y jefe de la division destinada á Coyohuacan, teniendo á sus órdenes treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles, con tres capitanes, dos cañones, y veinticinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres peones españoles, con dos capitanes y dos cañones, y los aliados de Chalco, Huexotzinco y Cholula, que eran más de treinta mil hombres: le mandó Cortés que fuese á destruir la ciudad de Iztapalapan y que acampase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le sería más fácil estrechar más y más

á los Mexicanos. Cortés, á pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes y soldados, tomó el mando de los bergantines, porque opinaba que en ellos era más necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines trescientos veinticinco españoles, y trece falconetes, señalando á cada bergantin un capitán, doce soldados y otros tantos remeros: así que, todo el ejército destinado á empezar el asedio, constaba de novecientos diez y siete españoles, y más de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares, ¹ cuyo número se aumentó, como despues veremos, hasta doscientos mil y más. Todas las otras tropas que habían venido á Texcoco, ó permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, ó volvieron á sus pueblos, que por estar próximos á la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

SUPPLICIO DE XICOTENCATL.

Partieron juntos de Texcoco, Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les había señalado el general. Entre los principales Tlaxcaltecas que acompañaban á Alvarado, se hallaban Xicotencatl el jóven y su primo Pilteuctli. Este, en una disputa que sobrevino, fué herido por un español, el cual, no haciendo caso de las órdenes de Cortés, ni del respeto debido á aquel personaje, pudo con su imprudencia ocasionar la desercion de los Tlaxcaltecas. Estos se resintieron amargamente de aquel ultraje, é hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ojeda, y permitió á Pilteuctli que fuese á curarse á su patria. Xicotencatl, á quien, tanto por su dignidad como por su parentesco, era más sensible que á ningun otro aquella injuria, no hallando entónces otro modo de vengarla, abandonó ocultamente y con otros compatriotas el ejército, y tomó el camino de Tlaxcala. Alvarado dió parte de este suceso á Cortés, y éste mandó á Ojeda que alcanzase y prendiese al fugitivo. Cuando lo tuvo en su poder, mandó ahorcarlo públicamente, ó en la misma ciudad de Texcoco, ² segun dicen Herrera y Torquemada, ó en un sitio inmediato, como afirma Bernal Diaz, habiéndose pregonado ántes el motivo de su sentencia, que era el haber desertado y procurado sublevar á los Tlaxcaltecas contra los españoles. Es probable que Cortés no se aventuraria á tan

¹ Herrera y Solís cuentan 100,000 aliados, distribuidos en tres campamentos: Bernal Diaz no cuenta mas de 24,000, en tres campamentos de 8,000 cada uno. Yo doy más crédito á Cortés, que debia estar mejor informado en estos pormenores. Solís dice que Bernal Diaz se queja muchas veces de que los aliados les daban más estorbo que ayuda: es falso, ántes bien elogia su valor y habla de las ventajas que sacaron de ellos los españoles. "Los Tlaxcaltecas nuestros amigos, dice en el cap. 151, nos ayudaron bastante bien en aquella guerra, como hombres animosos." Toda su historia está llena de semejantes expresiones, como lo están las cartas de Cortés y las narraciones de los otros historiadores. Lo que únicamente dice Bernal Diaz, es que en la retirada de Tlacopan los aliados estorbaron á los españoles; mas esto sucede siempre que un ejército se retira por un camino estrecho.

² Cortés no hace mencion del suplicio de Xicotencatl: quizá tendria sus razones para pasarlo por alto. Bernal Diaz afirma que aquel jefe marchó á Tlaxcala, para apoderarse del Estado de Chichimecatl, mientras éste se hallaba en la guerra; mas esto es inverosímil. Hay autores que atribuyen su fuga al amor: yo sigo en la relacion de este suceso á Torquemada y á Herrera, porque se guiaron por los MS. de Ojeda y Camargo, que tenían datos seguros. Solís cree imposible que Xicotencatl fuese ajusticiado en Texcoco, "porque hubiera sido demasiado arriesgado el resolverse Cortés á tan violenta ejecucion, á vista de tan gran número de Tlaxcaltecas, á quienes debia necesariamente ser muy sensible tan ignominioso castigo en uno de los principales hombres de su nacion." Pero mucho más se expuso Cortés aprisionando al rey Moteuczoma en su misma capital y en presencia de un número incomparablemente mayor de Mexicanos, que tan mal debian llevar aquella injuria hecha á su monarca. Si en la conquista de México no se vieran otros hechos igualmente temerarios, quizá seria fundada la conjetura de Solís: además de que, segun Herrera, Cortés procedió con el beneplácito del senado, y yo no dudo que la sentencia se publicaria á nombre de éste.

peligrosa acción, sin haber ántes obtenido el consentimiento del senado, como asegura claramente Herrera; lo que no era difícil, en vista de la severidad con que castigaban los delitos aun en las personas más ilustres, y del odio particular con que miraban á aquel príncipe, cuyo orgullo les era insufrible. Tan ruidoso escarmiento, que hubiera debido naturalmente excitar los ánimos de los Tlaxcaltecas contra los españoles, los amedrentó en tales términos, y á los otros aliados, que desde entónces observaron más puntualmente las leyes de la milicia y se mantuvieron más subordinados á aquellos jefes extranjeros. Así es como éstos sacaban fruto de sus mismos errores. Sin embargo, los Tlaxcaltecas hicieron muchas demostraciones de la estima y veneración que tenían á su príncipe: lloraron su muerte, distribuyeron entre sí, como preciosas reliquias, sus vestidos, y es de creer que celebrasen con la debida magnificencia sus exequias. La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al rey de España y fueron enviados á Texcoco: en la familia había treinta mujeres, y en los bienes una gran cantidad de oro.

PRINCIPIO DEL ASEDIO DE MÉXICO.

Alvarado y Olid continuaron su marcha hácia Tlacopan, de donde pasaron á romper el acueducto de Chapoltepec, para cortar el agua á los Mexicanos; mas no pudieron ejecutar tan importante empresa, sin gran resistencia de los enemigos, los cuales, previendo aquel golpe, habían hecho por agua y por tierra muchos preparativos de defensa. Fueron sin embargo vencidos, y los Tlaxcaltecas, que los persiguieron, les mataron veinte hombres y les hicieron siete u ocho prisioneros. Dado felizmente este primer paso, resolvieron aquellos caudillos ir por el camino de Tlacopan y apoderarse de algun foso; pero fué tan grande la multitud de Mexicanos que se les opuso y tan formidable la nube de dardos, flechas y piedras que les tiraron, que mataron ocho españoles é hirieron más de cincuenta, y éstos no pudieron, sin gran dificultad, retirarse á Tlacopan, á donde llegaron avergonzados, y donde Alvarado fijó su campo, segun las órdenes de Cortés. Olid marchó á Coyohuacan el 30 de Mayo, que en aquel año fué día del Corpus, y en él empezó, segun el cómputo de Cortés, el asedio.

Mientras Alvarado y Olid se empleaban en rellenar algunos fosos de las orillas del lago, y en allanar algunos pasos, para comodidad de la caballería, Sandoval, con el número de españoles que ya hemos dicho,¹ y con más de treinta y cinco mil aliados, salió de Texcoco en 31 de Mayo, con el designio de tomar por asalto la ciudad de Iztapalapan, en cuya operación estaba fuertemente empeñado Cortés. Entró en ella haciendo terrible estrago, con el fuego en las casas, y con las armas en los habitantes, los cuales, despavoridos, procuraron salvarse en las barcas. Cortés, para atacar al mismo tiempo la parte de la ciudad que estaba sobre el agua, despues de haber sondeado todo el lago, se embarcó con toda su gente en los bergantines, y navegó á vela y remó hácia Iztapalapan. Dió fondo cerca de un montecillo aislado, poco distante de aquella ciudad, cuya cima estaba coronada por muchos enemigos resueltos á defenderse y á ofender á los españoles cuanto les fuese posible.² Desembar-

¹ Solís dice que Sandoval y Olid salieron juntos de Texcoco, pero confundió á Sandoval con Alvarado.

² En la cima de aquel montecillo fabricó Solís una *fortaleza muy capaz*: digo que la fabricó, porque semejante dato no se halla en ningún historiador. El mismo Cortés, que pondera su victoria, solo habla de unas trincheras.

có el general español, y superando con ciento cincuenta hombres la aspereza de la subida y la resistencia de los contrarios, se apoderó del monte, dando muerte á cuantos lo defendían.¹ Pero apenas hubo logrado este triunfo, vió venir contra su escuadra una numerosísima de barcas² que acudieron á las humaredas hechas tanto en el monte como en algunos templos de las cercanías, cuando vieron aproximarse los bergantines. Embarcáronse inmediatamente los españoles, y se mantuvieron inmóviles, hasta que ayudados por un viento fresco que se levantó oportunamente, y aumentando la velocidad de los bergantines con el impulso de los remos, pasaron por entre las barcas, rompiendo algunas y echando otras á pique. De los enemigos murieron muchos heridos por los remos, ó ahogados. Todas las otras barcas huyeron perseguidas de los bergantines, por espacio de más de ocho millas, hasta guarecerse en la capital.

Inmediatamente que vió Olid, desde un templo de Coyohuacan, la refriega de la escuadra, marchó con sus tropas en orden de batalla por el camino de México, tomó algunos fosos y trincheras y mató muchos enemigos. Cortés, por su parte, recogió aquella noche los bergantines y se dirigió con ellos á atacar el baluarte situado en el ángulo que formaba el camino de Coyohuacan con el de Iztapalapan. Atacólo, en efecto, por agua y tierra, y á pesar de la intrepidez con que lo defendió la guarnición mexicana, se hizo dueño del punto, y con sus dos grandes cañones de hierro causó horrendo estrago en la muchedumbre que ocupaba el lago y el camino. Aquel sitio, llamado por los Mexicanos *Xoloc*,³ pareció á Cortés muy ventajoso para fijar sus reales; y en efecto, no era fácil hallar uno más favorable á sus designios, pues desde él dominaba el camino principal y aquella parte del lago por donde podían entrar mayores socorros á los sitiados, y además, el camino de Coyohuacan, que era su comunicación con Olid. La poca distancia que mediaba entre aquel punto y los campamentos de Coyohuacan y Tlacopan, facilitaba la comunicación de sus órdenes y lo ponía en estado de acudir á donde fuese más necesario su socorro. Finalmente, la proximidad de México contribuía á multiplicar los ataques.⁴ Allí reunió Cortés los bergantines, y abandonando la expedición contra Iztapalapan, formó el designio de dirigir todas sus hostilidades á la capital. Para esto llamó á su campo á la mitad de las tropas de Coyohuacan y á cincuenta infantes escogidos de las de Sandoval. Aquella noche se oyó venir hácia el campamento una gran multitud de enemigos. Los españoles, sabiendo que los Mexicanos no peleaban de noche, sino cuando estaban seguros de la victoria, se amedrentaron al principio; pero aunque recibieron algun daño de los contrarios, los obligaron en fin con las armas de fuego á retirarse. El día siguiente se vieron atacados por una prodigiosa multitud de guerreros, que con sus espantosos gritos au-

¹ Solís dice que Cortés concedió la vida á la mayor parte de los que defendían el montecillo; pero Cortés asegura que ni uno solo de ellos escapó. Este monte se llamó desde entónces el peñon del Marqués, en memoria de aquella acción.

² Bernal Díaz dice que la escuadra que atacó á Cortés se componía de todas las barcas que había en México y en todos los pueblos del lago; mas esta es una hipérbole descabellada. Solís afirma que constaba de cuatro mil canoas; pero Cortés, que tenía más interés que Solís y Bernal Díaz en exagerar el número de las barcas, para dar más realce á su victoria, solo cuenta quinientas.

³ El padre Sahagún dice que Cortés, por medio de ciertos personajes prisioneros, convocó al rey y á la nobleza de México, á un sitio del lago llamado Acachinanco, y copia la arenga que les hizo, exponiéndoles los motivos de la guerra; mas esta reunión no es verdadera, ni verosímil. Cortés no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los Mexicanos.

⁴ Betancourt da á entender que Cortés acampó dentro de la ciudad; lo que está en contradicción con el mismo general, el cual dice que su campamento distaba media legua de México.